

# DIALÉCTICA Y ESCUCHA

MARGARITA CEPEDA  
UNIVERSIDAD DE LOS ANDES

## Resumen:

La práctica de la escucha como actitud vital abierta y flexible afín a la hermenéutica de Gadamer es un acompañarse con el movimiento dialéctico no sólo del lenguaje, sino de la vida misma; de ahí que rebasa al escuchar que tiene lugar en el lenguaje concebido como *logos*, como razón discursiva. El ejemplo de la meditación yoga ilustra esta tesis.

**Palabras claves:** escucha; dialéctica; yoga; no-control; hermenéutica

## Abstract: *Dialectics and Listening.*

The practice of listening as a vital and flexible attitude is similar to Gadamer's hermeneutics, since it keeps in rhythm with the dialectical movement, not just of language, but also of life itself. This is the reason why it exceeds the listening taking place in language conceived as *logos*, i.e. as discursive reason. The example of yoga meditation helps the author to illustrate this thesis.

**Key words:** listening; dialectics; yoga; no-control; hermeneutics; Gadamer.

Todos nosotros creemos que respiramos. Y la respiración está sin duda tan indisolublemente ligada a la vida como el latir del corazón. Tal vez no sea una casualidad que ambos movimientos ejemplifiquen maravillosamente eso que Hegel llamó dialéctica especulativa, la desaparición constante de un opuesto en el otro. Expansión y contracción, inspiración y expiración: dos movimientos contrarios en uno solo.

Todos creemos que respiramos pero si atendemos al infinito vaivén en que consiste la respiración empezaremos a captar que se trata de algo que nos sucede sin que normalmente tengamos conciencia de ello, de un espontáneo fluir que no está bajo nuestro control. Nos daremos cuenta, entonces, de que en realidad no respiramos, de que es más bien la vida la que respira a través de nosotros: somos respirados, por así decirlo, y gracias a ello vivimos, existimos.

En la meditación yoga se hace el ejercicio de fijar la atención en un objeto, frecuentemente en la respiración. Tan intensamente nos absorbe el mundo de nuestros objetivos concretos que este ejercicio de concentrar la atención en una sola cosa a la vez, de distanciarnos de la corriente arrolladora de la multiplicidad de pensamientos en la que vivimos interrumpiendo la infinita cadena de nuestras conexiones mentales, resulta sumamente difícil. Cuánta razón tenía Heidegger al describir la existencia humana como un estar fuera de sí, como ser-en-el-mundo.

El intento de concentrarse en la respiración se frustra en la distracción de los quehaceres inmediatos, de los planes y preocupaciones, de

aquello en lo que normalmente estamos y nos absorbe. Tan difícil es parar de hablar y comenzar a escuchar. Difícil resulta también atender sin imponer. Es muy complicado prestar atención al acto espontáneo de respirar sin la tentación de intervenir inmediatamente en él; pareciera que volver conciente el acto de la respiración fuera de la mano con la necesidad de controlarlo. Es muy difícil dejar fluir la respiración tan pronto como se toma conciencia de ella.

Y, sin embargo, este ejercicio repetido se va volviendo fructífero. El yogui aprende a observar participando, a atender jugando al mismo tiempo el juego de la respiración sin otro objetivo que el juego mismo, a dejar que devenga esa corriente de opuestos en continua transformación que es la vida. A aceptar, sin juicio alguno y sin ansia de dominio, el juego divino de Lilah, la danza cósmica de Shiva. Y tras años de seguir este método anti-cartesiano, el camino del no control, del fluir con la vida misma sin forzarla ni fijarla en certezas mentales, llega él a escuchar el sonido de OM, la palabra que engendra lo que es y lo mantiene en su ser en una vibración sin fin, y crece, sin proponérselo, en la conciencia de la no-separación, de la pertenencia a un todo que rebasa y disuelve eso que llamamos *yo*. Y al final se sorprende a sí mismo amando la vida sin exigencias, en una relajada actitud de desapego, de distanciamiento frente a la propia situación, en una actitud de serena alegría, que presta atención y atiende, acoge lúdicamente al tú y al mundo en su devenir, en su contingente dualidad que es ya siempre unidad.

Enterado de la muerte de Gadamer, maestro de la finitud humana por derecho adquirido después de 102 años de experiencia, Derrida se refiere a él con estas palabras: "Todo lo que venía de él me regalaba serena alegría y yo tenía la impresión de que Gadamer me la transmitía muy personalmente, por contagio o irradiación filosófica. Me encantaba verlo vivir, hablar, reír, caminar, incluso cojear, comer y beber. ¡Mucho más que yo! Envidiaba su fuerza vital abrumadora. Parecía invencible. Yo estaba convencido de que Gadamer merecía no morir porque necesitamos un testigo absoluto semejante que hubiese participado en todos los debates filosóficos de este siglo, activamente o como observador" (Derrida 2002: 41).

Gadamer, sin la menor duda, había llegado a ser ejemplo vivo de sus enseñanzas, había vuelto ser su saber de límites humanos. Él disfrutaba de la vida con la apacible libertad del que ha comprendido que todo puede ser así o de otro modo, de quien ha aprendido la lección del esfuerzo hermenéutico a la escucha de la condición humana.

Mientras el esfuerzo del yogui presupone que es posible quebrar el *logos*, ese diálogo infinito del alma consigo misma que no es más que el hacer de las cosas mismas, el esfuerzo hermenéutico atiende al *logos*. Esta es una diferencia crucial que no podemos pasar por alto. Tanto más sorprendente resulta que en ambos casos la estructura de

aquello a que se atiende sea la misma: dialéctica. Y dialéctica nos remite inmediatamente a dualidad. Bien es sabido que para Hegel la dualidad posee un carácter especulativo; el espejo refleja una imagen de un original. Hay una duplicación, pero ésta no es más que la existencia de uno y el mismo, la identidad de los contrarios.

Este movimiento propio de la dialéctica especulativa se aprecia mejor en el ir y venir de un péndulo: los opuestos que vemos en los extremos derecho e izquierdo son en realidad un mismo movimiento. Para el entendimiento lo visible es, por así decirlo, el aparecer del movimiento en la superficie de la línea como dos objetos distintos y opuestos. El entendimiento separa y fija, de la misma manera que lo hace la gramática predicativa de nuestras lenguas. La razón, en cambio, establece relaciones, capta la unidad indisoluble de los contrarios. Gran dificultad con la que tropieza Hegel, la misma tensa relación del poeta con las palabras, no muy lejana de la de toda experiencia al borde de lo incomprensible, de lo indecible.

Para Gadamer, si el lenguaje es *logos* y *logos* más que entendimiento es razón, el lenguaje resulta ser más que, por así decirlo, una colección de filminas de la realidad. Hablar es participar en el sentido (cf. Gadamer 1977: 471). La palabra es una unidad de sentido que se despliega en la multiplicidad del hablar articulado. Oír una palabra es oír el todo del que ella participa. Cada palabra es palabra en virtud de su relación con el todo de la lengua al que pertenece y al que hace resonar al ser dicha (cf. *Id.*, 549). Siempre en el lenguaje está en juego un conjunto de sentido cuyo despliegue representa una tarea infinita. Si bien no tenemos más remedio que traer ese todo al lenguaje en una sucesión de palabras, el lenguaje en cuanto finito apunta al espacio abierto de su continuación (cf. *Id.*, 194). La dialéctica de lo uno y lo múltiple aparece ahora en una nueva forma como dialéctica de lo finito y lo infinito.

Además el lenguaje como *logos* es para Gadamer dialéctica en cuanto que es "el centro en el que se reúnen el yo y el mundo, o mejor, en el que ambos aparecen en su unidad originaria" (*Id.*, 567). Lo primario es la relación en la que desaparecen los opuestos, el ahí en el cual hay algo y que no es él mismo un algo (Gadamer 1998: 198). El lenguaje, lejos de ser un medio, una herramienta que usamos con el fin de comunicarnos, es el medio, el ámbito en el que ya siempre estamos y nos movemos, el todo que nos determina: es mundo. Más que pertenecemos, le pertenecemos. Basta con referirnos a la inconciencia lingüística en la que vivimos; podemos obtener una nota de cero en gramática y al mismo tiempo movernos con propiedad en nuestra lengua, porque cuando hablamos no atendemos al lenguaje sino que éste "desaparece detrás de la cosa" (Gadamer 1977: 486). Por eso nos domina calladamente, como la respiración.

Hay una última integración de opuestos que tiene lugar en el lenguaje: la relación entre el tú y el yo en que consiste todo diálogo, y para

Gadamer, la participación en la razón humana común. Yo hablo, tú escuchas. Y mejor aún: yo escucho, tú hablas. El escuchar se trastoca en hablar y el hablar en escuchar. En esto consiste el movimiento de todo diálogo. No tiene sentido hablar si no se está dispuesto a escuchar, ya que en todo genuino diálogo de lo que se trata es de comprender, de la razón compartida que no es ni puede ser monopolio de uno solo. De allí que lo importante en el diálogo no sea el resultado, sino el desarrollo mismo en el que llegamos a entrar en el asunto pendiente, la participación en algo que es más que la individualidad de los hablantes. Cuando dos que hablan se escuchan mutuamente surge algo que ninguno de los interlocutores abarcaría por sí sólo. Por eso un diálogo cabal es siempre un acontecer; cuando hablamos con otro, algo sucede con nosotros mismos.

Acostumbramos a decir que "llevamos" una conversación, pero la verdad es que, cuanto más auténtica es la conversación, menos posibilidades tienen los interlocutores de "llevarla" en la dirección que desearían. De hecho la verdadera conversación no es nunca la que uno habría querido llevar. Al contrario, en general sería más correcto decir que "entramos" en una conversación, cuando no que nos "enredamos" en ella... los dialogantes son menos los directores que los dirigidos, lo que saldrá de un diálogo no lo puede saber nadie por anticipado. El acuerdo o su fracaso es como un suceso que tiene lugar en nosotros (*Id.*, 461).

Más que un hacer, el diálogo es un acaecer. No es nuestra acción, es la acción de las cosas mismas. Nos sucede como el amor. Con razón se vale Gadamer del símil del juego para ilustrar este movimiento del comprender que tiene lugar en todo diálogo. Tomemos como ejemplo un juego de pelota, el tenis. Un jugador sirve con seguridad apabullante y confiadamente se anticipa a la devolución de la pelota. El hecho de que el juego continúe en el ir y venir de la pelota confirma eventualmente su impresión de dominar el juego, hasta que el contrincante lance la pelota en una dirección no prevista y la coloque allí en donde no es posible el contragolpe. La bola sorprende al jugador allí en donde no la esperaba; pierde entonces, así como podría haber ganado, porque un juego no tiene dueños sino participantes.

De forma semejante se transcurre un diálogo, como peloteando ideas. Comienza con la rigidez de las opiniones particulares y se despliega en formas inusitadas, jamás calculables de antemano, con el triunfo total o parcial de uno de los oponentes, o de ambos, con el avance en una dirección común, con el desconcierto de estar peor que al comienzo, con la incomodidad del desacuerdo. Lo decisivo es, sin embargo, que al lanzar la idea con la pretensión de recuperarla intacta, o, en lo posible, reforzada, el que habla entra en un juego que implica el riesgo de perder, la posibilidad de estar equivocado. La pérdida, sin embargo,

resulta ser una ganancia. Nos damos cuenta de lo equivocados que estábamos cuando aceptamos la parcialidad de la propia perspectiva a la luz del punto de vista contrario, cuando las razones del otro, esas que no estaban bajo el propio dominio, se nos imponen, y la posesión de la razón absoluta se desenmascara como mera ilusión. Estemos o no dispuestos a escuchar, cuando hablamos nos vemos obligados a hacerlo. El escuchar nos saca de la abstracta unilateralidad de la opinión particular, nos devuelve al ámbito de la razón compartida. Por eso, para Gadamer, "el oír es el camino hacia el todo porque está capacitado para escuchar al *logos*" (*Id.*, 554).

Al escuchar, las cosas se dan vuelta ante nosotros y se tornan en su contrario. Este movimiento se duplica en la conciencia y es uno y el mismo con ella: ella misma se da vuelta, se escinde en sí misma al distanciarse de la opinión inicial, al reconocer, por así decirlo, lo ajeno en lo propio, y restaura su unidad al retornar a sí desde lo otro, al acoger lo extraño y apropiárselo. Esta es, pues, la ganancia, la posibilidad positiva de comprender y de comprenderse, de formarse a sí mismo, ínsita al carácter esencialmente negativo de la experiencia humana, y que va de la mano con el primado hermenéutico del oír. Si la experiencia enseña es porque habla al que la escucha, de tal manera que una vez se ha prestado oído no se puede seguir siendo el que se era.

Es significativo que Gadamer dé este paso del diálogo a la experiencia. La conexión es clara: el diálogo es una forma de experiencia y la experiencia tiene una estructura dialógica, dialéctica. Pero si el diálogo forma parte de la experiencia, ésta es más que diálogo articulado. Mas aún, todo diálogo articulado llega a ser experiencia porque transcurre desde el trasfondo de lo no dicho, sin el cual la multiplicidad de las palabras jamás podría albergar la unidad de sentido. Las palabras, bien lo muestra Gadamer, brotan del fondo de lo no dicho y de lo no explícito, que juegan un papel activo y determinante en toda conversación y en todo entenderse con otro, y salen a relucir en toda genuina experiencia: la expectativa previa, lo inconsciente, la callada influencia de la tradición y de la historia. Por eso el escuchar no es sólo, y ni siquiera primariamente, el escuchar razones. De allí que Gadamer insista en que entenderse con otros, eso que llamamos la mutua comprensión, es más que un fruto argumentativo (*cf.* Gadamer 1998: 204-5).

La primacía hermenéutica del escuchar nos lleva, como él mismo lo dice, hacia la escucha de los "tonos más suaves" (*Id.*, 205), de lo inaudible, en dirección al acuerdo tácito, al gesto, a la posibilidad de la ironía, a la importancia del tacto. Mientras los tonos estridentes producen sordera, los tonos más sutiles estimulan la escucha en un movimiento sin fin. El escuchar, arriesguémoslo, con Gadamer y contra Gadamer, es el camino hacia el todo porque apunta más allá del *logos*, hacia lo incomprensible que siempre ya de alguna manera hemos

comprendido con un comprender que es un captar de otro tipo, holístico e indefinido, como lo sugiere el adagio pascaliano de que el corazón tiene razones que la razón no comprende. ¿No es acaso el tácito acuerdo entre la madre y el hijo recién nacido más que *logos*? No en vano hablamos de la intuición femenina, por ejemplo.

La bella definición de Gadamer, según la cual “el ser que puede comprenderse es lenguaje” (Gadamer 1997: 567) significa que lo que nos habla tiene sentido y lo que tiene sentido nos habla. El llanto tiene sentido, como el gesto. ¿No es esto mucho más que hablar articulado? ¿No es el captar de una madre más que razón discursiva? ¡Es experiencia! Un comprender que escucha más allá del pensar y del hablar.

Tal vez por eso la hermenéutica de Gadamer es y será para mí una invitación a la práctica de la escucha. No sólo a la práctica filosófica, ese maravilloso arte del pensar y del poder preguntar, de adentrarse en la cosa al mismo tiempo que en su contrario, hasta hacer que Parménides y Heráclito, Platón y Aristóteles, Kant y Hegel, Nietzsche y Meister Eckhart tengan razón al tiempo y a la vez. La hermenéutica de Gadamer es, ante todo, una invitación a la experiencia humana como escucha, ese espléndido acaecer que nos despierta del letargo de siglos y nos ilumina como un chispazo repentino de asombro y de desconcierto. Ese querer aprender impulsado por el lema socrático del saber que no se sabe; un arriesgarse que lleva a la apertura del comprender y nunca al férreo saber concluyente. Esa actitud flexible del que no se fija en los objetos claramente delimitados al extremo del péndulo, sino que prefiere la borrosidad del movimiento mismo y no admite, por tanto, términos maniqueos. Ese dejar ser a lo otro y al otro lo que es, sin forzarlo a entrar en los propios parámetros, dejar ser que lo acepta y lo acoge en su diferencia, lo cuida, lo ama. Esa práctica del no-control y del no-dominio, la práctica humilde del sentirse parte, del pertenecer. Esa práctica de la receptividad de lo otro y de la distancia de lo propio, que no se enmascara en ficticia autocancelación sino reconoce de entrada su parcialidad siempre por superar e insuperable al mismo tiempo. Una ética de la escucha y la autocrítica, del arduo trabajo consigo mismo, una práctica del comprender y del formarse en el vasto terreno del espíritu.

## Bibliografía

- Derrida, J. (2002). “Wie Recht er hatte”. En: *Frankfurter Allgemeine Zeitung* 70.  
 Gadamer, H.-G. (1977). *Verdad y método I*. Salamanca: Sígueme.  
 (1998). *Über das Hören* (ed. Th. Vogel). Tübingen: Attempto.